DC 707
A5

INTRODUCCION.

CAMINANDO uno solo con su pensamiento en derredor de esta ciudad que cuenta siglos de imponer al mundo sus opiniones, sus caprichos

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

y sus modas, se llena de admiracion al descubrir las maravillosas riquezas que la naturaleza y el arte, la historia y la poesía, que es á la historia lo que el arte á la naturaleza, han colocado en esta tierra privilegiada, que se llama los Alrededores de Paris.

La mano de Dios la ha bendecido derramando sobre ella el tesoro inagotable de sus sublimes concepciones; la mano del hombre ha grabado en ella, como en accion de gracias, la imágen de su infatigable inteligencia; los artistas la han decorado con sus obras clásicas; los reyes la han llenado de recuerdos y de monumentos; el pueblo, pobre, pero pródigo, ha sembrado en ella con profusion la semilla siempre fecunda de sus luchas y de sus triunfos. A su vez la poesìa, enardeciéndose en el fuego de cada rayo luminoso, ó envolviéndose en el oscuro manto de cada sombra, ha cantado con el amor y con la gloria, y lamentádose en union de los grandes infortunios; ha brillado en los castillos espléndidos y sobre los campos de batalla; se ha encontrado en medio de las ciudades conmovidas y en el seno de las tranquilas aldeas.

Digno es de apoyo el empeño de los que han pretendido seguir el rastro luminoso de esta poesìa, á traves del vasto horizonte de los tiempos, y sustraer del olvido algunas de las páginas medio borradas de nuestras crónicas..... pocos cortesanos tienen las ruinas. ¡Y sin embargo, qué de cosas de aquellas que no se pueden espresar, harà escuchar á la alma meditativa la voz del viento que gime en las arboledas de Versalles, ó que zumba en el fondo de los corredores perdidos de Vincennes, miéntras que el eco del palacio grita; Luis XIV, al eco de la torre que responde: Condé!

A la hora misma en que San German, la noble cuna, y San Dionisio, la inmensa tumba, conversan sin mirarse cara á cara, de los tristes reinados de este mundo y de la nada de las grandezas humanas, Saint-Cloud entapizado todavía con el blason caballeresco de Enrique III, aun escucha en sus salones el ruido de las espuelas casi plebeyas de Bonaparte.

Anteuil, Choisy, Brunoy y Bolonia, recuerdan con placer haber prestado el refugio de su soledad y de su misterio à los grandes poetas que cantaban el amor de los reyes y à las grandes damas desventuradas que luchaban contra él. Es imposible aventurar un paso, un gesto, una mirada, en medio de estos suntuosos alrededores, sin tropezar con una ruina histórica, sin tocar una reliquia preciosa, sin contemplar los elocuentes restos de algun poder derribado.

Entiendo, por lo mismo, que es un feliz pensamiento intentar reanimar al soplo de esta naturaleza, que Dios conserva en eterna juventud, una parte de la historia de lo pasado, y mezclar á ella las fantasías caprichosas

de la época actual, vivificadas un momento por el reflejo del mismo sol que alumbró à estos ilustres muertos.

Dejadnos tener la satisfaccion y el honor de asistir en los jardines de Petit-Trianon al paseo melancólico de nuestra amable reina María Antonieta: dejadnos seguir à lo largo de la verde alfombra de Versalles la marcha indecisa de la honrada doncella á quien impuso el amor el título de duquesa de Lavallière, y á quien dió el arrepentimiento el de Sor Luisa de la Misericordia. Mostradnos, en tiempo de Racine y de Madama de Maintenon, la austera casa de Saint-Cyr, que pesaba sobre las desatinadas cabezas de tantos jóvenes; mostradnos à la hija del regente tras las rejas de la abadìa de Chelles: devolvednos, os conjuro á que lo hagais, todas estas encantadoras bellezas tan tierna y respetuosamente adoradas: dadnos las ilusiones de la edad en que pediamos al cielo con instancia una segunda ecsistencia para estas nobles y frágiles criaturas que se quebraron al contacto del mundo; y si llegais á conseguirlo, os lo aseguro, habréis compuesto un bello libro.

Pasando á otro órden de ideas, pregunto, ¿quién no envidiaria la dicha de seguir á los hombres célebres y á los reyes magníficos, à los lugares que amaban con predileccion? ¿Quién no apetece ver á Clemente Marat, cerca de Francisco I, y á Molière cerca de Luis XIV? ¿Quién no sentiria oprimírsele el corazon al recordar que à esta sala dorada, cuyas ventanas tienen vista á ese hermoso parque, vino un hombre, ántes de partir à la mision de su aventurado arrojo, à despedirse de aquel en cuyo nombre iba á desempeñarla? Ambos conversaron largo tiempo, de gloria, de porvenir y de esperanza; despues se levanta el rey, y acompañando á su palabra esa benévola sonrisa tan hereditaria y perseverante en su casa como la desgracia, dice al viagero: nos volverémos á ver. Pero Dios habia dispuesto las cosas de otro modo: miéntras que el marino, despues de haber llegado á las estremidades del mundo, zozobraba en una noche tempestuosa, el rey su protector desaparecia envuelto en el naufragio de la monarquía. Luis XVI no debia ver otra vez á Lapeyrouse.

Este pedazo de tierra que el sol calienta todo entero con un solo rayo de su luz, lleva tantos siglos de ser regado con sangre y lágrimas, que se ha hecho fértil para los artistas, los literatos y los poetas.

Si los materiales son copiosos, no faltan, gracias á Dios, talentos jóvenes y vigorosos que sabràn aprovecharlos. Yo he consentido en marchar á la cabeza de este brillante Estado Mayor, no para ayudarle, sino para conducirle; no para aconsejarle, sino para verle maniobrar, como hacen esos viejos heridos á quienes el olor de la pólvora no electriza ya, y que sentados á la orilla del camino gritan à los otros: ¡adelante!

¡Marchad, tropa valiente, marchad! Vosotros todos los que yo he visto nacer y crecer, y crecer tanto, y avanzar tanto, que ya no necesitais de que dé á conocer á nadie vuestros queridos nombres. Leon Gozlan es el hábil escritor, el elegante cincelador de frases: Julio Janin es el vivo, el abundante y profundo narrador: Viollet Leduc es quien une maravillosamente la ciencia á la agudeza: Arsenio Houssaye, quien canta armoniosamente en prosa y en verso. Son, en fin, los jóvenes eminentes esploradores de esta caballería, Maric Ayeard, Luis Lurine, Estévan Arago, Julio Sandeau, Alberico Secoud, y otros muchos que ni el público ni yo olvidamos.

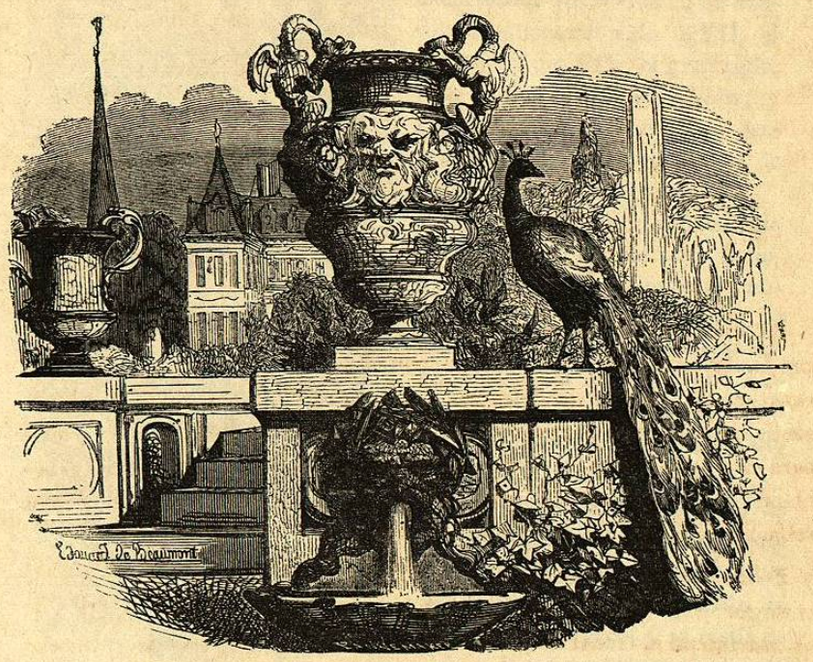
La pluma espiritual y verídica de MM. Augusto Requier, Julio David, Baron, C. Nanteuil y Eduardo de Beaumont vendrà en ausilio de esta obra distinguida, y todos esos talentos reunidos ofrecerán sitios encantadores á los que gustan de pasear, monumentos á los artistas, tesoros de sentimiento y de poesìa á los meditabundos, tradiciones al pueblo, ciencia á los que la aman, recuerdos, cuadros, anécdotas é interes à todo el mundo.

CH. NODIER.

EL distinguido sabio que se dignaba escribir hace poco para nuestro libro las brillantes páginas que preceden; el hombre escelente que nos daba consejos, no obstante sus dolencias y pesares; el literato ilustre que consentia en prestarnos el apoyo de su nombre, de su talento y de su gloria para esta publicacion literaria, Cárlos Nodier ya no ecsiste; ha muerto hablando de Tácito y de Fénelon, sonriendo al Genio y á la Virtud, únicos reinados de la tierra á que tributó adoracion.

Feliz el académico, el crìtico, el poeta que tenga el honor de pronunciar el elogio solemne de tal hombre, de tal escritor! Feliz el que hable públicamente de ese amable erudito que sabia hojear, comprender y adorar los viejos libros de los Elzevir y los Plantin; de ese amante del bello estilo, del buen lenguage, siempre jóven, siempre inspirado, siempre delicado en sus amores poèticos y literarios; de ese esquisito narrador que tenia música en la voz, agudeza en el gusto y en la mirada, y una graciosa coquetería hasta en la sonrisa; de ese pensador universal que abarcaba la

ciencia y la novela, la bibliografía y la historia, el diccionario de la lengua francesa y el maravilloso poema de Trilby; de ese literato armonioso, fluido y elocuente, que ha escrito alternativamente como Diderot y Hoffman, como Goethe y Byron!

El editor que suscribe esta nota, este recuerdo, este adios, formará con toda la perfeccion que le sea posible, el libro de los *Alrededores de Paris:* nuestro director literario M. Luis Lurine, llamará en su ausilio las ideas, los consejos, la ciencia; en una palabra, la colaboracion gloriosa de Càrlos Nodier: dirá á sus compañeros y á sus amigos: El recuerdo de semejante colaborador es una nobleza que obliga!

G. KUGELMANN.